El río y la encina
The river and the holm oak

Yo los vi y como me gustó su armonía y forma de relacionarse con la naturaleza, voy a contarlo. Los descubrí subiendo por la senda a la derecha de la cañada. La caudalosa corriente del río, bajaba clara, salpicando gotas en forma de lluvia y espuma y desparramada en un casi ensordecedor chapoteo. Desde arriba, desde más arriba de la encina en mitad de la ladera, primero los oí y después los descubrí.

El mayor dijo a los cuatro más jóvenes que formaban el grupo:
- Como tú no nos guíes por aquí vamos a perdernos.
Expresó uno de ellos.
- ¿Queda mucho para la encina?
Preguntó otro. El que hacía de guía, aclaró:
- Ni nos perderemos ni queda lejos la encina que vamos buscando.
- Pero este río tan caudaloso y con aguas tan claras y frías ¿de dónde viene y a dónde va?
Preguntó el más pequeño de los cuatro.
- De las montañas de las nieves y parece que fuera a la colina de la Alhambra pero no es así.
- ¿Y adónde va entonces un caudal tan importante, puro y fresco?
- Cuando estemos bajo la encina que vamos buscando, os lo digo.

Subieron hasta la mitad de la cascada, todavía por el lado de abajo del impresionante arco de piedra. Rozaron las aguas y al llegar al gran arco, se vinieron para la derecha. Siguiendo la estrecha senda de tierra que, por entre juncos, adelfas, tarayes y arrayanes, remontaba a la parte alta. Al lado de arriba del arco y por donde la corriente aún caía más impresionante. En forma de un ancho río que, al deslizarse por las pulidas rocas calizas, se habría como en abanico. Tan violentas y a borbotones bajaban las aguas, que más bien parecían nieve líquida de tan blanca y espesa.

Durante un rato, por este lado de arriba del gran arco natural de piedra, observaron asombrados las filigranas y soberbio juegos de la corriente. Ninguno dijo ni preguntó nada. Pasado unos minutos siguieron subiendo apartándose ahora más del cauce por la senda al lado derecho. Atravesaron el trozo de ladera dirección a la vieja encina. Ahora y en uno de los breves descansos que iban haciendo para tomar aire y respirar un poco del esfuerzo, el mediano del grupo preguntó:
- ¿Desde la encina que estamos buscando se ve al completo este arco de piedra, las aguas deslizándose por las rocas y la cascada cayendo al charco?
- Lo que desde la encina se ve es imposible contar con palabras.
- ¿Por eso nos traes a este rincón?
- Por eso y por las flores de la lavanda.
Aclaró el guía.

Las flores de la lavanda, se erguían tersas en los hermosos tallos morados. El vientecillo suavemente mecía estos tallos y el delicado perfume se esparcía por todo el paisaje. Llegaron a la encina. En el pequeño rellano en forma de mirador en la misma senda, se pararon. Indicó el guía:
- Mirad para el valle, profundo y ancho surco por donde se marcha el río, que hemos dejado atrás y ahí en lo hondo.
Miraron los que le seguían y durante largo rato, todos se mantuvieron en silencio.

El Valle, el profundo surco por donde el río se alejaba, se mostraba impresionante. Misterioso, un poco en penumbra y muy borroso a lo lejos. Más limpio y lleno de matices suaves cerca de ellos pero por debajo del gran narco de piedra y más próximo a ellos. Por donde la senda que habían recorrido y al lado de arriba de la arco de piedra, el valle, el río y las laderas, reflejaban quietud, mil formas irregulares y cientos de colores naturales.

Destacaba, en esta formidable panorámica, en todo el centro y atravesado por el cristalino caudal del río, el bonito arco de piedra. Como una imagen realmente recia y bella en forma de escultura única y perfecta. Dijo el guía:
- Se podría pensar que este arco es el pórtico a los jardines, monumentos y colina de la Alhambra.
Rápido preguntó uno del grupo:
- ¿Por qué dices eso?
- Allá abajo y a lo lejos, como en un horizonte brumoso, se distingue este conjunto que os he dicho. Pero nunca, los habitantes de aquello lujosos lugares ni los de tiempos pasados ni los de ahora, fueron dueños ni de este río ni de sus aguas. Lo intentaron pero no lo consiguieron y jamás lo conseguirán.
- ¿Y eso por qué?
Siguió preguntando el del grupo.
- Os lo aclararé luego.
Confirmó el guía.

A la derecha de la encina y por el lado de arriba remontando hacia el cerro, las majestuosas matas de las lavandas, cubrían todo el terreno. Llenas a tope todas estas plantas de gruesas y majestuosas espigas de florecillas moradas. Al descubrir el bonito tapiz, uno de los del grupo preguntó:
- Y ya que hemos venido hasta aquí y ahora nos encontramos con estas lavandas tan florecidas ¿podemos cortar para llevarnos algunos ramos?
Aclara el guía:
- Es que precisamente este era mi objetivo a guiaros hasta este lugar.
- ¿Por qué y para qué?
- Ayudadme y cortemos unos manojos de espigas de espliego.

Se animaron todos los del grupo y, esparciéndose por la ladera, se pusieron a recolectar las más bonitas espigas de lavanda. En poco tiempo, cada uno tenía ya un buen manojo. Volvieron al rellano y sombra de la encina y ahora el guía dijo:
- ¿Veis esta pequeña roca, esa rústica cruz de madera y la espesa y verde mata de arrayán que junto la roca crece?
Miraron todos los del grupo y enseguida preguntaron:
- ¿Qué se esconde o hay en esto que nos muestras?
- Ahí está enterrado él.
- Y él ¿quién era?
- El hombre más bueno y noble que ha pisado este mundo.
- ¿Lo conociste tú?

Y el guía explicó:
- Lo conocí y mi corazón se entristeció con las angustias más grandes que puede experimentar ser humano el día que murió.
Y como el guía tragó saliva, se le nublaron los ojos y cambió el color de su cara, los del grupo de nuevo preguntaron:
- ¿Tan buen amigo era tuyo éste que dices está ahí enterrado?
- Buen amigo y noble como el mejor entre millones. Vivía en el barrio del Albaicín y estaba solo. Sólo una vez en su vida se enamoró de una joven que al poco tiempo, le quitaron la vida cerca de los palacios de la Alhambra.

Alguien, nunca se supo quien, acusó a esta joven de infringir leyes. Llegó la noticia al rey que en aquel momento reinaba en la Alhambra y éste enseguida dijo:
- Que la ejecuten inmediatamente.
Sin juicio ni dar ninguna otra oportunidad a que esta joven se explicara o defendiera, la ejecutaron. Le ataron las manos y pies y arrastrándola, la pusieron en medio de la calle principal del Albaicín. Los acusadores la rodearon y el verdugo, vestido de blanco y con un gran sable en la mano, la cogió del pelo. Tendida en el suelo esta joven gritaba pidiendo clemencia y nadie hacía nada para ayudarle. Tiró el verdugo un poco más del pelo de la joven y alzó su mano sujetando el sable. Uno de los guardias dio la orden y al instante, el verdugo descargó con todas sus fuerzas el sable sobre el cuello de la muchacha. Se oyó un grito desgarrador y la sangre, tanto del cuerpo como de la cabeza, bañó toda la calle.

Muchas personas miraban, nadie dijo ni hizo nada y al poco, todos se fueron. Mi amigo recogió el cuerpo de esta joven y cargó con él hasta estos bosques de la montaña. Por aquí, en algún lugar, la enterró y por aquí se quedó él para siempre. Nunca más volvió a Granada ni nunca más se enamoró de otra mujer. Al llegar la primavera, al año siguiente de este suceso, por todos estos lugares brotaron muchas matas de espliego. Crecieron mucho y al año siguiente, al otro y al otro, aún brotaron más plantas de lavandas. Se llenaron de espigas olorosas y todo el aire que recorría estas laderas.

Murió este amigo mío muchos años después y por aquí alguien también enterró su cuerpo. Creo que cerca de estas encina y por donde junto la roca crecen las matas de arrayán. Todos los años y hasta que pueda, he venido y vengo por aquí justo en las fechas en que florecen las matas de espliego. Y todos los años corto pequeños ramos de estas olorosas espigas que luego dejo junto a esta roca para de esta manera conmemorar y elevar al cielo, el recuerdo de este hombre y su amiga.

Sin pronunciar palabras, se miraron los del grupo. De las plantas de espliego que cubrían ladera arriba, cortaron manojos de espigas y luego pusieron estos ramos junto a la roca cerca de la encina. Durante un rato más por aquí estuvieron mirando al río y al gran arco de piedra. Cuando se marcharon siguiendo al río hacia arriba, recogí un pequeño ramo de espigas de espliego. Me acerqué a la roca, dejé este ramo encajado en una grieta de la piedra y luego me senté a la sombra de la encina mirando al río por donde el gran arco de piedra. Medité un rato, saqué de mi bolsillo un pequeño blog junto con un bolígrafo y escribí: “Tú procediste con inteligencia. Tenías un corazón bueno y por eso valorabas lo espiritual y elevado por encima de las demás cosas. Pero como siempre sucede entre las personas, te atacaron donde más podía dolerte. Sin embargo, como ocurre con frecuencia en la vida de las personas puras y nobles, no atacaste a quien tan dolorosamente te hirió”.